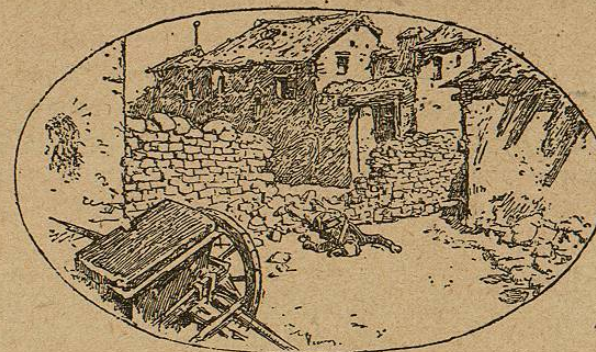
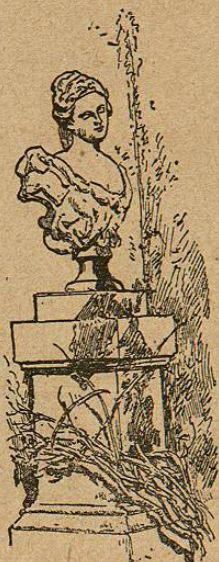


Los arrendatarios del clero y de la aristocracia, excluidos antes de la elección como clientes del antiguo régimen, iban ahora, como adquirentes de los bienes puestos en venta, á encontrarse hechos propietarios, electores, magistrados municipales, asesores de los jueces de paz, etcétera, etc., y como tales iban á convertirse en los más sólidos apoyos de la Revolución.



## CAPITULO XI

## De la religión nueva.—Federaciones. (Julio de 1789-1790)

La Francia de 1789 ha sentido la libertad; la de 1790 siente la unidad de la patria.—Las federaciones han destruído todos los obstáculos.—Caen todas las dificultades artificiales.—Procesos verbales de las federaciones.—Se ve allí el testimonio de su amor á la unidad nueva y del sacrificio de las provincialidades y antiguas costumbres.—Fiestas de las federaciones.—Símbolos vivos.—El anciano, la joven, la mujer, la madre.—El niño sobre el altar de la patria.—Olvido de las divisiones de clases, partidos y religiones.—El hombre encuentra nuevamente la naturaleza.—El hombre abraza de corazón la patria, la humanidad.—Adiciones y detalles diversos.

Nada hay todavía en el invierno de 1789. Ni municipalidades regulares, ni departamentos. Ninguna ley, ninguna autoridad, ninguna fuerza pública.

Parece que todo va á disolverse y esta es la esperanza de la aristocracia... ¡Ah! ¿queríais ser libres?... ¡Ved, juzgad el orden que habéis hecho!...

A esto, ¿qué responde Francia? En aquel momento peligroso no tiene más ley que ella misma, y, sin socorro de nadie, guiada y empujada solamente por su poderosa voluntad, franquea el paso de un mundo á otro; pasa sin temblar el estrecho puente del abismo; pasa sin mirar, no viendo más que el fin y el objeto.

Avanza resueltamente en aquel tenebroso invierno hacia la primavera deseada en que brilla la luz nueva.

¿Qué luz? No es, como en 1789, el vago amor de la libertad. Es un objeto determinado, con forma fija, el que arrastra á toda la nación, que transporta y eleva los corazones. A cada paso que se da aparece más claro y la marcha es más rápida... Al fin la sombra desaparece y Francia ve clara y distintamente lo que amaba y perseguía sin saberlo bien concretamente: la unidad de la patria.

Todo lo que se había creído penoso, difícil, imposible, aparece posible y fácil. Se preguntaban las gentes todavía cómo podría realizarse

el sacrificio de la patria provincial, del suelo natal, de los recuerdos, de los viejos prejuicios.

«¿Cómo—se decían—el Languedoc toleraría jamás dejar de ser Languedoc, un imperio interior, gobernado por sus propias leyes? ¿Cómo la antigua Tolosa descendería de su Capitolio, de su realeza del Mediodía? ¿Y creéis que Bretaña se rinda nunca ante Francia, que abandone su lengua salvaje y su duro carácter? Antes veréis ablandarse las rocas de Penmark.»

Sobre el altar aparece la gran patria abriéndoles los brazos y queriendo abrazarlas... Todas las regiones se arrojan en ellos y olvidan; aquel día no sabe ninguno qué provincia formaba... Hijos abandonados, perdidos hasta entonces, han encontrado una madre; están más regocijados por lo mismo que no lo creían; tenían la humildad de creerse bretones, provenzales... No, hijos, sabedlo bien; sois los hijos de Francia; ella misma os lo dice; hijos sois de la gran madre, de la que debe amamantar á todas las naciones en la igualdad y la libertad.

Nada más hermoso que ver á este pueblo avanzando hacia la luz, sin ley, pero dándose la mano. Avanza; no obra, porque no necesita hacer nada; avanza y es bastante.

La simple vista de este movimiento inmenso hace retroceder á todo; todo obstáculo huye, desaparece; toda resistencia se desvanece. ¿Quién se atrevería á luchar contra esta pacífica y formidable aparición de un gran pueblo armado?

Las federaciones de Noviembre destruyen los estados provinciales; las de Enero concluyen con la lucha de los Parlamentos; las de Febrero comprimen los desórdenes y el pillaje; en Marzo y Abril se organizan las masas que apagan en Mayo y Junio los primeros chispazos de una guerra de religión; en Mayo todavía las federaciones se hacen militares y el soldado se hace ciudadano, quedando rota la espada de la contrarrevolución...

¿Qué queda? La fraternidad ha borrado todo obstáculo; todas las federaciones quieren confederarse entre ellas; la unión tiende á la unidad. No más federaciones que ya son inútiles; no hace falta más que una: Francia.

Y Francia aparece transformada en la ardiente luz de Julio.

¿Es todo esto un milagro?... Sí, el más grande y más sencillo; la vuelta de la naturaleza. El fondo de la naturaleza humana es la sociabilidad. Había sido preciso todo un mundo de invenciones contra naturaleza para impedir á los hombres acercarse, unirse.

Aduanas interiores; peatonajes innumerables en los caminos y en los ríos; infinita diversidad de leyes y reglamentos, de pesas, medidas y monedas; rivalidades de ciudades, países y corporaciones cuidadosamente mantenidas... Una mañana estos obstáculos caen; se abaten estas antiguas murallas... Los hombres se reconocen entonces semejantes, hermanos y se extrañan de haberlo ignorado tanto tiempo; olvidan los odios

insensatos que les separaban y los expían avanzando los unos hacia los otros con los corazones levantados, los brazos abiertos.

He aquí lo que hace tan fácil, tan ejecutable, una creación que se creía puramente artificial, la de los departamentos. Si hubiera sido una pura concepción geométrica, engendrada en el cerebro de Sieyes, no hubiera tenido la fuerza ni la duración que observamos en ella; no hubiera sobrevivido á la ruina de tantas otras instituciones revolucionarias.

Fué generalmente una creación natural, un restablecimiento legítimo de las antiguas relaciones entre lugares y poblaciones que las instituciones artificiales del despotismo y la fiscalización habían separado.

Los ríos, por ejemplo, que bajo el antiguo régimen no eran más que obstáculos (veintiocho peatonajes había en el Loira!; no citando más que un ejemplo), los ríos, digo, volvieron á ser lo que la Naturaleza quiere que sean; lazo de unión del género humano. Los ríos, por esto, formaron y dieron nombre á la mayoría de los departamentos: Sena, Loira, Ródano, Gironda, Meuse, Charente, Allier, Gard, etc., fueron como federaciones naturales entre las dos riberas de esos ríos, que el Estado reconoce, proclama y consagra.

La mayor parte de las federaciones han narrado su historia ellas mismas. Escribían á su madre, la Asamblea nacional, fielmente, inocentemente, en forma casi siempre tosca, infantil; decían sus cosas como podían y quien sabía escribir, escribía después. No se encontraba siempre en los campos escritor hábil que fuese capaz de consignar aquellas cosas. Suplía la buena voluntad... ¡Venerables monumentos de la fraternidad naciente; actas informes pero espontáneas, inspiradas por Francia: viviréis siempre para testimoniar la grandeza de corazón de nuestros padres cuando por primera vez vieron la faz, tres veces amada, de la patria.

Al cabo de sesenta años, cuando he comenzado á examinar estos papeles, que tan poca gente ha leído, he encontrado todo esto vivo, entero, brillante, como ayer. La primera vez que los abrí me sentí poseído de respeto, de un sentimiento singular y único. Aquellos relatos entusiasmados dirigidos á la patria, representada por la Asamblea, son cartas de amor.

Nada de términos oficiales ni oficinescos. Visiblemente el corazón habla allí. Lo que en aquellos documentos puede encontrarse de arte, de retórica, de declamación, está allí precisamente por la ausencia del arte; es aquello como el embarazamiento de un joven que no sabe expresar los sentimientos más sinceros, y á falta de otras emplea palabras de novelas para narrar su amor verdadero. Pero á cada momento una palabra arrancada del corazón protesta contra esta impotencia del lenguaje y hace medir la profundidad real de sus sentimientos... En tales circunstancias, ¿cómo quedar satisfechos de sí mismos?... El detalle ma-

terial les preocupa demasiado; ninguna escritura les parece bastante hermosa, ningún papel bastante magnífico, sin hablar de las suntuosas cintitas tricolores con que amarraban los legajos...

Cuando los contemplo hoy de cerca brillantes y tan poco ajados, recuerdo lo que dice Rousseau del cuidado prodigioso que puso en arreglar, corregir y embellecer los manuscritos de su *Julia*... No fueron otros los pensamientos de nuestros padres, sus cuidados, sus inquietudes, cuando de estos objetos pasajeros é imperfectos se eleva en ellos el amor á esta belleza eterna.

Lo que más me conmueve y me llena de enternecimiento y de admiración, es que en una tal variedad de hombres, de caracteres, de localidades, con tantos elementos diversos, extranjeros ayer los unos para los otros en su mayor parte y muchos hostiles y aun enemigos, no hay nada allí que no respire el puro amor de la unidad.

¿Dónde están las antiguas diferencias de lugar y de razas? ¿dónde aquellas oposiciones geográficas tan fuertes, tan invencibles?

Todo ha desaparecido; la geografía ha muerto. No más montañas, no más ríos, no más obstáculos entre los hombres... Las voces son diversas todavía, pero están tan bien de acuerdo que parecen partir de un mismo lugar, salir de un mismo pecho... Todo demuestra su gravedad hacia un punto de donde todo parte á la vez, y este punto que resuena es el corazón de Francia.

He aquí la fuerza del amor; para atender á la unidad nada ha sido obstáculo y ningún sacrificio ha costado. De un golpe, sin apercibirse ellos mismos, han olvidado á la vez las cosas por las cuales ellos se hubieran hecho matar la víspera: el suelo natal, la tradición local, la leyenda... El tiempo ha perecido, el espacio ha perecido también: estas dos condiciones materiales á las cuales está sometida la vida... Extraña *vida nueva* que comienza para Francia eminentemente espiritual y que hace de toda su Revolución una especie de ensueño tan conmovedor como terrible. Vida que ha ignorado el espacio y el tiempo.

Y es por lo tanto la antigüedad, las costumbres, las viejas cosas conocidas, los signos usados, los símbolos venerados, todo aquello que hasta aquel día había constituido la vida...

Todo esto hoy ó palidece ó desaparece. Lo que queda, las ceremonias, por ejemplo, del viejo culto llamado á consagrar estas fiestas nuevas, se ve que perdura como un accesorio. En estas inmensas reuniones donde el pueblo de toda clase y toda comunión se congrega, no hay más que un corazón único, cosa más sagrada que un altar. Ningún culto especial presta santidad al hecho santo entre todos y más santo que todos: el hombre fraternizando delante de Dios.

Todos los viejos emblemas palidecen y los nuevos que se intentan crear tienen escasa significación. Júrese sobre el antiguo altar, ante el Santísimo Sacramento, ó júrese ante la fría imagen de la Libertad abstracta, el verdadero símbolo se encuentra lejos de aquellos otros. La

belleza, la grandeza, el encanto eterno de estas fiestas, consiste en que el símbolo está vivo y presente.

Para el hombre este símbolo es el hombre. Destrozado todo el mundo de sus creencias convencionales, todos se sienten poseídos de santo respeto hacia la verdadera imagen de Dios. No se cree Dios por ello; no siente nadie este vano orgullo. En estas fiestas no apareció el hombre como dominador ni como vencedor, según antiguamente ocurría.

Las nobles armonías de la familia, de la naturaleza y de la patria bastaban para dar á aquellas fiestas un interés religioso y patético.

El más anciano presidía. El viejo, rodeado de niños, tiene por niños á todo el pueblo. La música le acompaña. En la gran federación de Rouen, donde concurrieron los guardias nacionales de sesenta ciudades, se fué á buscar hasta Andelys, para presidir la Asamblea á un anciano caballero de Malta, de ochenta y cinco años. En Saint-Andeol se concedió el honor de prestar juramento á la cabeza de todo el pueblo á dos viejos de noventa y tres y noventa y cuatro años. El primero era noble, coronel de la guardia nacional; el segundo simple labrador. Al llegar al altar se abrazaron dando gracias al cielo por haber vivido hasta entonces. El pueblo, conmovido, creyó ver en estos dos hombres venerables la eterna reconciliación de los partidos. Se arrojaron todos, unos en brazos de otros, se estrecharon las manos y una inmensa farándula se desarrolló por la ciudad, por los campos, hacia las montañas de Ardeche y hacia las praderas del Ródano, abrazando á todo el mundo, sin excepción. Corría el vino en las calles, y poníanse en ellas mesas donde cada uno ponía sus víveres para que todos comiesen. Durante toda la noche el pueblo se entrega á este agape, bendiciendo á Dios.

En todas partes el anciano marcha á la cabeza del pueblo, se sienta en el sitio preferente y atrae las miradas de la multitud. Y alrededor de él las jóvenes, como una corona de flores.

En todas estas fiestas, el juvenil batallón femenino marcha con vestidos blancos y cinturón *á lo nación*, es decir, tricolor. Aquí, una de ellas, pronuncia algunas palabras nobles y encantadoras, que harán héroes mañana. Allá (en la procesión cívica del Delfinado) una hermosa joven marchaba con una palma en la mano y esta inscripción: *¡Al mejor ciudadano!*... Muchos se volvieron muy soñadores.

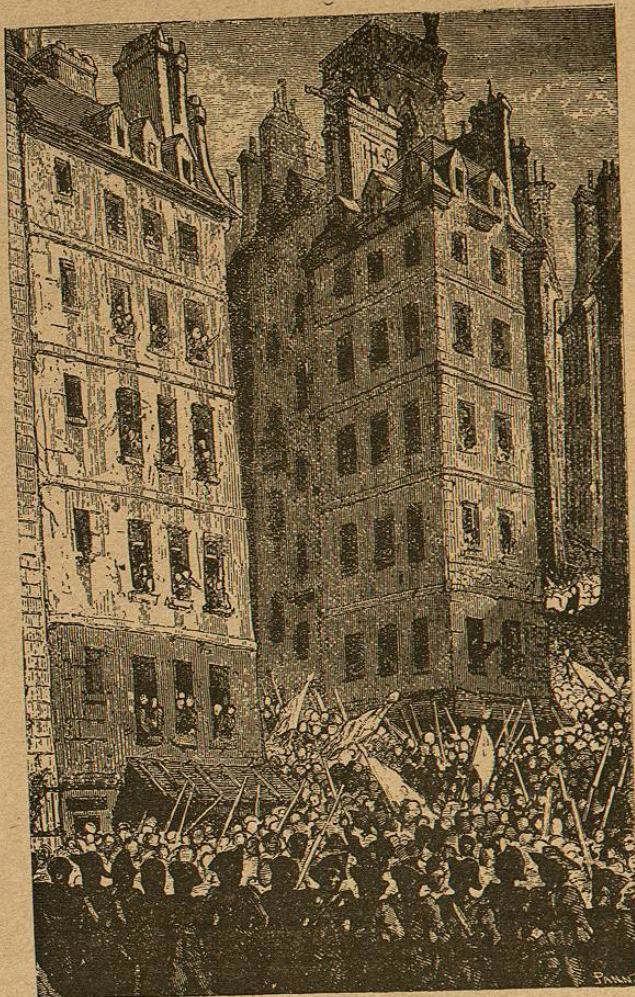
El Delfinado, la seria y valiente provincia que abre la Revolución, hizo federaciones numerosas de la provincia entera y además de las ciudades y las aldeas.

Las comunidades rurales de la frontera cercanas á Saboya, á dos pasos de los emigrados, que trabajaban cerca de sus fusiles, hicieron otras fiestas.

Habían organizado un batallón de niños armados, un batallón de mujeres armadas y un batallón de jóvenes armadas. En Maubec desfilaron en completo orden, con su bandera al frente, teniendo en la mano

la espada desnuda, con aquella vivacidad graciosa que sólo poseen las mujeres de Francia.

Recuérdese la heroica iniciativa de las mujeres y jóvenes de Angers, queriendo partir con el ejército de Anjou y de Bretaña, que se di-



Un desfile del pueblo en la fiesta de la Federación.

rigía sobre Rennes, para tomar parte en aquella primera cruzada de la libertad, alimentar á los combatientes y cuidar á los heridos.

Juraban no casarse más que con ciudadanos entusiastas, no amar más que á los valientes, no asociar su vida más que á la de aquellos que constantemente la ofrecían por Francia.

Así inspiraron la explosión de 1788. Y después, en las federa-

ciones de Junio y Julio de 1790, nadie mostró mayor entusiasmo que ellas.

¡Había corrido la familia, durante el invierno, en el abandono completo de toda protección pública, tantos peligros!... En aquellas grandes reuniones veían ellas y saludaban la esperanza de la salvación. Su pobre corazón estaba entristecido por el pasado... ¿y el porvenir?... ¡ellas no pensaban en más porvenir que la salvación de la patria! Así se concibe que mostraran más ardor y entusiasmo que los hombres, más impaciencia por prestar el juramento cívico; hecho comprobado en todos los documentos escritos.

Se aleja á las mujeres de la vida pública, olvidando que tienen á ella más derecho que nadie. Ponen en juego mucho más que nosotros; el hombre arriesga su vida; la mujer arriesga la suya y la de su hijo... Está más interesada que el hombre en informarse, en prever.

En la vida solitaria y sedentaria que lleva la mayor parte de las mujeres, sigue en sus inquietos ensueños las crisis de la patria, los movimientos de los ejércitos...

Llamadas ó no llamadas, el hecho es que tomaron la parte más activa en las fiestas de la federación. En no recuerdo qué pueblo habíanse reunido los hombres en un vasto edificio para redactar una comunicación á la Asamblea nacional. Las mujeres se acercan, escuchan; pero no oyendo sino sonidos ininteligibles, entran, con lágrimas en los ojos, pidiendo que se las deje enterarse. Entonces se vuelve á leer la comunicación y ellas lo agradecen con todo su corazón.

Esta profunda unión de la familia y de la patria inunda todas las almas de un sentimiento desconocido... La fiesta, como toda felicidad, fué corta; no dura más que un día. El relato concluye con una frase inocente de melancolía: «Así ha transcurrido el más hermoso instante de nuestra vida.»

Es que es preciso trabajar mañana y levantarse temprano; es el tiempo de la siega.

Los federados de Etoile, cerca de Valence, se expresan de este modo después de haber narrado su fiesta: «Nosotros que el 29 de Noviembre de 1789 dimos á Francia el ejemplo de la primera federación, no hemos podido dedicar á esta fiesta más que un día y nos hemos retirado por la noche á descansar para volver á nuestro trabajo al día siguiente; los trabajos del campo nos llaman y acudimos á ellos...»

Buenos labradores escriben todo esto á la Asamblea nacional, convencidos de que se ocupa de ellos; que, como Dios, lo ve todo y lo hace todo.

Estos procesos verbales de las comunidades rurales son otras tantas florecillas silvestres que parecen haber surgido del seno de las mieses.

Se respira en ellos los fuertes y vivificantes olores del campo en este